



El cazador de fantasmas

Crónicas de la
Prehistoria VI



MICHELLE PAVER

La Noche de las Almas está cada vez más cerca. Eostra, la hechicera de los Búhos Reales, mantiene aterrorizados a los clanes en su intento de dominar el mundo de los vivos y de los muertos. Así, Torak debe abandonar el Bosque para buscar la guarida de la Devoradora de Almas en la Montaña de los Fantasmas. En compañía de Renn, emprende un peligroso viaje a través de parajes helados, durante el cual ambos descubrirán la fuerza de su vínculo y hallarán nuevas alianzas que los impulsarán a seguir adelante. Lobo, su fiel hermano de camada, tendrá que superar el dolor más atroz y evitar que la malvada hechicera le arrebatte aquello que más quiere. *El cazador de fantasmas* es una historia sobre la supervivencia y el poder de la amistad en un mundo sombrío del más lejano pasado, en la que Torak llega al final de su viaje. Sexta y última entrega de la apasionante serie *Crónicas de la Prehistoria*.

1

Torak no quiere entrar en el silencioso campamento.

El fuego se ha apagado. Entre las cenizas está el hacha de Fin-Kedinn. El arco de Renn, pisoteado, asoma en el barro. Unas cuantas huellas dispersas constituyen el único rastro de Lobo.

Hacha, arco y huellas están diseminados por lo que parece nieve sucia. Cuando Torak se acerca, se eleva un enjambre de polillas grises. Esboza una mueca y las espanta, pero cuando se aleja, vuelven a posarse para alimentarse.

Al llegar al refugio, se detiene. Los troncos de la entrada están pegajosos. Torak capta un olor familiar, dulce y empalagoso. No se atreve a entrar.

El interior está oscuro, pero vislumbra una gruesa capa de polillas grises y, debajo de ella, tres formas inmóviles. Su mente rechaza lo que ve, pero su corazón sabe qué es.

Retrocede. Cae. La oscuridad se cierne sobre él...

Con un jadeo, Torak se incorporó hasta sentarse.

Estaba en el refugio, acurrucado en el saco para dormir. El corazón le palpitaba con fuerza contra las costillas. Le dolían las mandíbulas de tanto apretar los dientes. No se había dormido. Sentía los músculos rígidos por la tensión de la vigilancia constante. Pero había visto esos cuerpos. Era como si Eostra hubiese penetrado en su mente para retorcerle los pensamientos.

«Es lo que quiere que veas —se dijo—. No es verdad. Ahí está Fin-Kedinn, dormido en el refugio. Lobo, Pelaje Oscuro y los lobeznos están a salvo en su guarida. Y Renn se encuentra con el Clan del Jabalí. No es verdad».

Algo le correteó por la clavícula. Lo aplastó con el puño. La polilla gris dejó una mancha polvorienta y un tufo a podrido.

Al fondo del refugio, otra polilla se posó en los labios abiertos de Fin-Kedinn.

Torak pateó hasta salir del saco y reptó hacia su padre adoptivo. La polilla alzó el vuelo, describió un círculo y revoloteó hacia el exterior para internarse en la noche.

Fin-Kedinn gimió en sueños. Se estaba sumiendo en una pesadilla, pero Torak sabía que no debía despertarlo. Si lo hacía, las malévolas imágenes perseguirían al líder de los Cuervos durante días.

Su propia visión se aferraba a él como el sucio polvillo de las polillas. Se puso las calzas, el jubón y las botas antes de salir del refugio.

La Luna del Endrino proyectaba largas sombras azules en el claro. Alrededor, el aliento del Bosque flotaba entre los pinos.

Unos perros levantaron la cabeza al pasar Torak, pero el campamento estaba en silencio. Había que conocer tan bien como él el Clan del Cuervo para saber hasta qué punto andaban mal las cosas. Los refugios se apiñaban como uros asustados en torno a la larga hoguera que ardía durante toda la noche. Saeunn había rodeado el claro con teas de enebro montadas en estacas con la intención de espantar a las polillas.

En la horqueta de un abedul, Rip y Rek se habían posado con la cabeza bajo el ala. Dormían plácidamente. Hasta entonces, las polillas grises sólo habían molestado a las personas.

Ignorando las protestas de los cuervos, Torak los agarró y fue a sentarse junto al fuego con los cuerpos empluma-

dos y soñolientos en los brazos.

En el Bosque bramó un ciervo.

De pequeño, a Torak le encantaba oír los bramidos del ciervo rojo en las brumosas noches de otoño. Acurrucado en el saco para dormir, contemplaba las brasas e imaginaba minúsculos y enardecidos venados entrechocando las cornamentas en valles ardientes. Se sentía seguro, sabiendo que Pa mantendría la oscuridad y los demonios alejados.

Pero con el tiempo había descubierto que no era así. Tres otoños antes, en una noche como ésta, se había agazapado entre los restos de un refugio para ver morir desangrado a su padre.

El ciervo dejó de bramar. Los árboles crujieron y gimieron en sueños. Torak deseó que alguien se despertara.

Echaba de menos a Lobo, pero si aullaba para llamarlo perturbaría el campamento entero, y por otra parte no se sentía con ánimos para recorrer el largo camino hasta la manada. «¿Cómo he llegado a este extremo? —se preguntó—. Me da miedo internarme solo en el Bosque».

«Empieza así —le había explicado Renn media luna antes—. Siempre envía algo pequeño, que aparece por la noche. Algo de lo que no puedes librarte. Y las polillas grises son sólo el principio. El miedo aumentará. De eso se alimenta; es lo que le proporciona fuerza».

A lo lejos se oyó el ulular de un búho real.

Torak recogió un palo y atizó el fuego con furia. No podía soportarlo mucho más. Estaba listo: tenía el carcaj bien provisto de flechas y las yemas de los dedos doloridas de coser las prendas de invierno. Había afilado tanto las hojas del hacha y el cuchillo que podrían partir un cabello a lo largo.

Ojalá supiera dónde encontrarla, pero Eostra se había ocultado en su guarida en la Montaña. Como una araña, había cubierto el Bosque con su tela. Como una araña, captaba el más mínimo temblor en la hebra más lejana. Sabía

que él saldría a darle caza. Quería que lo intentase. Pero todavía no.

Torciendo el gesto, Torak trató de ensimismarse en el resplandor de las brasas. Despertó al oír una voz pronunciar su nombre.

Los troncos se habían derrumbado. Los cuervos estaban de vuelta en su árbol. No había soñado esa voz: la había oído. Le resultaba familiar, dolorosamente familiar. Sin embargo, era imposible.

Se levantó con el cuchillo en ristre. Al llegar al círculo de teas de enebro que rodeaba el campamento, se detuvo. Entonces enderezó la espalda y pasó entre ellas para internarse en el Bosque.

La luna resplandecía. Los pinos flotaban en un mar blanco de neblina.

Más allá, ladera arriba, entrevió algo que desaparecía.

Su respiración se volvió rápida y entrecortada. Le daba miedo seguirlo, pero debía hacerlo. Empezó a trepar, rasguñándose las manos al abrirse paso en la maleza.

A medio camino, se detuvo a escuchar. Sólo se oía el rítmico gotear de la niebla.

Algo le hizo cosquillas en la mano del cuchillo.

En la base de su pulgar, una polilla se alimentaba en una minúscula mota de sangre.

—Torak... —lo llamó una voz susurrante entre los árboles.

El miedo penetró en el pecho del joven y le oprimió el corazón. No era posible.

Siguió trepando.

A través de la neblina que se arremolinaba, vislumbró una figura alta, de pie junto a un peñasco.

—Ayúdame... —musitó.

Torak se precipitó hacia ella.

La figura se fundió con las sombras.

No había dejado huellas; sólo una rama que se mecía levemente. Sin embargo, detrás del peñasco, encontró los

restos de un fuego. Los troncos estaban fríos, cubiertos de ceniza. Se los quedó mirando. Los habían dispuesto formando una estrella. No podía ser. Sólo él y otra persona hacían esa clase de fuegos.

«Mira detrás de ti, Torak».

Se volvió en redondo.

A dos pasos de distancia, alguien había clavado una flecha en la tierra.

Torak reconoció las plumas de inmediato. Supo quién había hecho esa flecha. Deseó desesperadamente tocarla.

Trató de lamerse los labios, pero tenía la boca seca.

—¿Eres tú? —llamó con voz áspera de miedo y anhelo—. ¿Eres tú... Pa?

2



—Quizá no fuera él —dijo Fin-Kedinn.

—Era Pa —insistió Torak enrollando el saco para dormir—. Su flecha, su fuego, su voz. Su espíritu.

Fin-Kedinn hurgó la tierra ante el refugio con el cayado.

—Las voces pueden imitarse. Los que lo conocieron, recuerdan cómo disponía las hogueras. En cuanto a la flecha...

—Ya lo sé —interrumpió Torak—. Cualquiera pudo haberla encontrado. Porque lo dejé en el Bosque, sin ramas de serbal, sin cánticos. Sólo con un burdo intento de hacerle las Marcas de la Muerte. No me extraña que no esté en paz.

Tomó unas tiras de carne seca de las vigas y las embutió en su bolsa de comida. «La carne de ciervo seca —había jadeado su padre cuando yacía moribundo—. Llévatela tú». Pero, con las prisas, Torak la había dejado atrás.

—Tenías doce veranos —respondió Fin-Kedinn en voz baja—. Lo hiciste lo mejor que pudiste.

—No fue suficiente. Por eso ahora me ruega que lo ayude.

—O eso quiere Eostra que creas.

Torak se puso tenso. Últimamente, pocos se atrevían a pronunciar ese nombre en voz alta.

—Así es como actúa —explicó el líder de los Cuervos—. Se cuela en los pensamientos y en los sueños. Engendra miedo.

—Ya lo sé.

—¿De veras? ¿Tienes idea de lo poderosa que es? Tiene tokoroths a sus órdenes. Posee el ópalo de fuego. Todos los demás Devoradores de Almas la temen. Y tú quieres ir en su busca solo.

Torak hizo una pausa. La niebla se había vuelto más densa y, en el campamento que despertaba, la gente aparecía y se desvanecía como fantasmas. Vio rostros tensos y atemorizados. Se preguntó si la niebla era también obra de Eostra.

Al abrir la bolsita de medicinas, encontró el pedazo de raíz negra que le había pedido a Saeunn, por si necesitaba transformarse en espíritu errante. Pero ¿de qué serviría eso contra la hechicera de los Búhos Reales?

—Quizá tengas razón —dijo—. Quizá lo que vi anoche fue obra de Eostra. Pa fue un Devorador de Almas durante un tiempo. Es posible que ella tenga algún control sobre su espíritu. Pero no cabe duda que he de hacer algo.

—Todavía no. Sólo han pasado unos días desde que llegaron las polillas. Ni siquiera Saeunn había visto nada parecido. Me han llegado noticias de Durrain de los Ciervos Rojos, y está de acuerdo conmigo. Debemos reunir a los clanes. Si no lo hacemos, si nos dejamos vencer por el miedo, Eostra nos tendrá en sus manos.

—¡Ya no puedo esperar más! —exclamó Torak—. ¡He querido partir una y otra vez, y siempre te has negado! Las

montañas son vastas, dijiste, y podría pasarme la vida buscándola sin encontrarla. Pero ahora hemos sido objeto de un ataque. Quién sabe qué enviará después. Es mi destino enfrentarme a ella, Fin-Kedinn. ¿Debo esperar a que tenga al Bosque entero en sus garras?

—¿Y qué harías? ¿Partir hacia las Montañas y confiar en la suerte?

—¡No será necesario! Ella desea mi poder. Cuando esté lista, me hará saber dónde se encuentra.

—¡Cuando esté lista, Torak! Cuando te tenga a ti solo. Cuando sea demasiado tarde. De ninguna manera. No permitiré que te vayas.

—No puedes impedírmelo.

Se miraron fijamente. Fin-Kedinn era más robusto y fuerte, pero Torak ya no tenía que alzar la vista hacia él.

El joven sujetó la bolsita de medicinas y tiró con fuerza del cordón para cerrarla.

—Cuando vuelva Renn, dile que lo siento. Es demasiado peligroso para ella que me acompañe. Al menos ésa es una decisión que sí aprobarás —añadió con cierta amargura. Desde que había cumplido los quince, la edad en que las leyes de los clanes permitían a un muchacho buscar compañera, le parecía que Fin-Kedinn trataba de separarlos.

Dejando a un lado el cayado, Fin-Kedinn se alejó unos pasos; luego regresó.

—Comprendo el anhelo de contactar con los muertos, créeme. Cuando tu madre murió... Pero, Torak, tienes que resistirte. Los vivos y los muertos no pueden estar juntos. Eso arroja una sombra sobre los vivos, ¡los conduce a la locura!

Habló con sorprendente vehemencia y, por un instante, Torak se sintió sobrecogido. Pero entonces se echó al hombro el carcaj y el arco antes de tomar el hacha.

—Es mi padre —declaró.

—Sí, tu padre. Y también tu destino. ¡Pero esta batalla no es sólo tuya! ¡Esto nos amenaza a todos!

—Por eso he de marcharme. No puedo seguir sin hacer nada.

Torak abandonó el campamento de los Cuervos poco después. La niebla lo sumía en el desánimo, pero no vio polillas grises ni sintió amenaza inmediata alguna al dirigirse hacia el este.

En torno a mediodía, la niebla se disipó y salió el sol. Gotitas de humedad destellaron en los helechos ambarinos y el musgo cobró un color verde plateado. Las últimas adelfillas brillaban purpúreas bajo los abedules dorados y los serbales encendidos; era el último estallido de resplandor del Bosque antes de sumirse en el sueño del invierno. Había sido un buen otoño para los frutos secos y las bayas, y la maleza estaba a rebosar de pequeñas criaturas que disfrutaban del festín. Los arrendajos se peleaban por las piñas. Las ardillas enterraban avellanas en el mantillo de hojas.

Rip y Rek pasaron volando, haciendo ruidos de pájaro carpintero y fingiendo que no veían a Torak. Estaban irritados por tener que abandonar el campamento de los Cuervos, donde habían engordado a base de ofrendas, en especial Rip. Había perdido una pluma del ala luchando contra el hechicero de los Robles en primavera, y había vuelto a salirle blanca. Por eso los clanes lo veneraban.

Torak apenas advertía la presencia de los cuervos. Detestaba dejar atrás a Renn. Jamás lo perdonaría. Sin embargo, sabía que tenía que ser así. Su visión del campamento destruido podría haber sido verdadera. Cuando se enfrentara a la hechicera de los Búhos Reales, tenía que ser sin Renn.

Y sin Lobo.

Por eso había decidido seguir una ruta indirecta hacia las Montañas. El camino más rápido habría sido cruzar el Río de Ceniza y dirigirse al sureste, siguiendo el Río Rápido

corriente arriba hacia los páramos altos. En lugar de ello, fue hacia el noreste para remontar el Salto del Caballo hacia la cresta sobre el río, donde Lobo y Pelaje Oscuro habían trasladado recientemente a los lobeznos.

Para despedirse.

La guarida consistía en un tramo de tierra plana en lo alto del acantilado, limitada a un lado por un fresno caído y al otro por unos matorrales de zarzamora. Atardecía ya para cuando Torak llegó; Pelaje Oscuro y los lobeznos lo recibieron con gran alegría, pero Lobo había salido a cazar.

Torak se sintió aliviado. Tendría que construirse un refugio y esperar a su hermano de camada. Podía postergar la marcha hasta el día siguiente.

Al anochecer, encendió un fuego y apoyó una rama de abeto contra el tronco del fresno, para entonces colgar sus pertenencias fuera del alcance de hocicos curiosos. Sólo quedaban dos lobeznos husmeando por ahí. El de las orejas de zorro, al que Renn puso el nombre de Chasquido, había muerto una luna antes, víctima de la enfermedad.

Cuando hubo acabado el refugio, Torak fue a buscar moras, seguido por los lobeznos: Sombra, la hembra de pelaje negro y aficionada a morder las botas, y Guijarro, que en verano había sido el primero en salir de la guarida para saludar a Torak.

Las moras estaban tan maduras que se le deshacían en las manos, y los lobeznos lamieron el jugo de la palma. Sombra le puso las patas delanteras en la rodilla y se levantó sobre las de atrás para darle un pegajoso beso de lobo, mientras Guijarro, con el hocico teñido de morado, se alejaba brincando dispuesto a atacar el refugio. Aferró una rama entre las fauces y dio un tirón que sacudió todo el montaje, tras lo cual huyó despavorido en busca de su madre.

Observando a Pelaje Oscuro lamer a sus lobeznos, Torak supo que estaba haciendo lo correcto. Sólo tenían tres lunas; eran demasiado pequeños para el difícil trayecto hasta las Montañas. Y Lobo jamás los dejaría atrás.

Pensando en eso, Torak se metió en el saco para dormir.

La noche era gélida y se alegró de llevar la ropa de invierno: jubón y calzas interiores de piel de pato, con una pelliza y unas calzas exteriores de cálida piel de reno, y botas de pellejo de castor. No llevaba mucho rato durmiendo cuando lo despertaron unos gemidos de excitación.

Lobo había vuelto. Pelaje Oscuro y los lobeznos meneaban el rabo mientras engullían la carne que había regurgitado para ellos, mientras Rip y Rek merodeaban con sigilo para pillar algún resto. Pelaje Oscuro era demasiado astuta para ellos y los lobeznos habían aprendido a las malas a evitar los robos de los cuervos, así que los mantenían a raya a gruñidos y empujones.

A la luz de la luna, la planicie ante la guarida estaba tachonada de escarcha y los ojos de los animales parecían plateados. Lobo brincó hasta Torak y se revolcaron juntos, acariciándose y lamiéndose los hocicos.

«La caza es buena —dijo Lobo—. ¡Los lobeznos están fuertes!».

Alzando la vista, Torak advirtió que el cielo negro estaba cuajado de motitas blancas y aterciopeladas.

Era la primera nevada para los lobeznos, que se sintieron encantados. Se dedicaron a perseguir, mordisquear y acosar a aquella extraña presa silenciosa, propinándole golpes con las pezuñas y lamiéndosela mutuamente del pelaje. Torak se arrodilló y se le subieron encima para embestirlo con sus pequeños y fríos hocicos. Lobo y Pelaje Oscuro se unieron a ellos, y se persiguieron unos a otros alrededor de la guarida, acercándose tanto al borde del acantilado que arrojaron guijarros a las profundidades del Salto del Caballo.

Por fin, Torak se agachó junto al fuego y los lobos levantaron el hocico para aullar a la luna. Torak escuchó los trémulos gañidos de los lobeznos interrumpidos por las voces intensas y seguras de sus padres. No le pareció posible reunir el valor necesario para marcharse. Y lo peor de todo era

que no podía contárselo a Lobo, pues eso no haría sino obligarlo a tomar una difícil decisión: seguirlo y dejar atrás a su familia, o quedarse con ella y abandonar a su hermano de camada.

Captando la infelicidad de Torak, Lobo dejó de aullar y trotó hacia él. La nieve destellaba en su espeso pelaje de invierno, pero Torak sintió la calidez de su lengua cuando le lamió la mejilla.

«Estás triste», dijo.

«No», mintió Torak.

Lobo no añadió más; se limitó a apoyarse contra él, consolándolo con su presencia.

A salvo con la manada, Torak durmió sin temer a las polillas grises de Eostra y despertó al amanecer. Los lobeznos yacían arrebujados y salpicados de nieve, con Lobo y Pelaje Oscuro hechos sendos ovillos muy cerca.

Sin hacer ruido, Torak apagó el fuego y se echó al hombro su equipo.

Lobo estremecía las patas en sueños, pero cuando Torak se arrodilló a su lado, enseguida abrió los ojos y meneó la cola.

«¿Sales a cazar?», preguntó ladeando la oreja.

«Sí», contestó el joven en la lengua de los lobos. Enterró el rostro en el pelaje de su hermano de camada, inhaló profundamente aquel olor tan querido. Luego se obligó a apartarse.

Hacía una mañana tremendamente fría y la costra de nieve crujía bajo sus botas. En el terreno más alto, el viento había expuesto retazos de matorrales de gayuba del alarmante color escarlata de la sangre derramada. En uno de esos retazos, Torak encontró una polilla gris muerta. La tocó con la bota y el insecto se convirtió en polvo.

Al avanzar, encontró más polillas muertas alfombrando la maleza. La escarcha había acabado con ellas.

O quizá, se dijo con inquietud, Eostra ya no las necesitaba. Tal vez habían cumplido ya con su cometido.

3



—¿Los oyes? —susurró el niño enfermo.

—¿A quiénes? —quiso saber Renn.

—A los demonios...

Renn sacó una rama del fuego y le mostró cada rincón del refugio del Clan del Jabalí.

—Mira, Aki. No hay ningún demonio.

—Las polillas los trajeron —musitó el chico, meciéndose—. Ahora ya nunca me dejarán.

—Pero si no hay nada...

Agarrándola del brazo, el niño le susurró al oído:

—¡Están en mi sombra!

Renn se echó atrás. Aki miró alrededor con ojos desparvoridos.

—Los oigo todo el tiempo. El chasquear de sus mandíbulas. Su respiración airada. Por las mañanas, cuando mi sombra es larga, los veo. A mediodía, cuando mi sombra se me acerca, están dentro de mí. Debajo de mi piel, royéndolo-